

MI CAMINO

*La vida y la obra del padre
del pensamiento complejo*

Edgar Morin conversa con
Djénzse Kareh Tager

Edgar Morin

gedisa
editorial

© Librairie Arthème Fayard, 2008

Diseño de cubierta: Departamento de diseño de la Editorial Gedisa

Traducción: Antonia García Castro

Realización: Àtona, SL

Fotocomposición: gama, sl

Primera edición: febrero de 2010, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Avenida del Tibidabo, 12, 3º

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

Correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

ISBN: 978-84-9784-353-9

Depósito legal: B.

Impreso por Romanyà Valls

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Índice

1. Luna	9
2. Vidal.....	21
3. Morin.....	37
4. Doble identidad	63
5. Debates y combates	95
6. La sociología del presente	123
7. La complejidad humana.....	145
8. Mi método	163
9. El estado del mundo	187
10. La educación del futuro.....	213
11. La vida	233
12. La muerte	265
EPÍLOGO.....	277

1

Luna

Usted es el creador de lo que se ha llamado el «pensamiento complejo», un pensamiento global, perturbador, en la medida en que implica vincular las contradicciones, intimidante en un universo que ha optado por caminos más fáciles...

Es un pensamiento que pretende vincular el conocimiento de las partes con el de la totalidad y el de la totalidad con el de las partes, de acuerdo con este enunciado de Pascal: «Siendo todas las cosas causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas, y estando todas unidas por un lazo natural e insensible que vincula las más alejadas y las más diversas, sostengo que es imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer las partes».

Este pensamiento es fruto de su personalidad atípica, forjada en gran parte, como usted ha relatado, por un drama: la muerte de su madre cuando tenía diez años. Ése fue el cataclismo fundamental de su vida...

Esa muerte provocó en mí un Hiroshima interior. Aunque supe de inmediato que era irremediable, definitiva, durante mucho tiempo esperé el regreso de mi madre. Se llamaba Luna. Luna, diosa a la que han rendido culto varias civilizaciones de la Antigüedad, Mesopotamia, Cartago... Desde entonces, se me aparece cada vez que hay luna llena, hasta el día

de hoy, hasta mi muerte, y le murmuro el canto sagrado «Casta diva», que le está dedicado en *Norma*. El corazón de Luna era frágil, murió de un paro cardíaco en un tren suburbano. Tenía treinta años. Ese día yo estaba en el colegio. A la salida, me estaba esperando mi tío Jo, aunque ese hecho sorprendente no me alertó. Me llevó a su casa explicándome que mis padres se habían ido para hacer una cura. Era un hermoso día de primavera. Tomamos un taxi de techo descubierto, yo iba de pie, miraba los árboles en flor, hacía viento, me sentía feliz. No sospechaba nada. Dos o tres días más tarde, me llevaron a la plaza Martin Nadaud, contigua al cementerio del Père-Lachaise. Jugaba en el césped cuando, de repente, me topé con un par de zapatos negros. Levanté la vista. Vi un pantalón negro, una chaqueta negra, un hombre totalmente vestido de negro, mi padre. De golpe, entendí todo. Supe que mi madre había muerto, pero hice como si no entendiera. Me dijo: «No juegues en el césped, está prohibido». Respondí con un gesto malhumorado. Volvía del entierro, pero no me reveló nada.

¿No le parece que, con su silencio, es probable que su padre quisiera, como se hacía entonces, atenuar la conmoción? Usted era un niño...

Sin duda, pero fue peor, porque subestimó la conciencia de un niño de nueve años. Mi tía materna, Corinne, me dijo que mi madre se había ido de viaje al cielo, que quizá volvería, todas esas tonterías que se les cuentan a los niños. Los odié a todos, no sólo por mentirme acerca de la muerte de mi madre, sino también por haberme impedido despedirme de ella. Me quedó un odio hacia la mentira. Odié a mi tía cuando me pidió que la considerara como mi madre; odié a mi padre, que, por querer evitarme una emoción, me causó un *shock* del que jamás me repuse. Nunca les hablé de mi madre, se convencieron de que sólo sentía indiferencia. No entendieron nada hasta treinta años más tarde, cuando evoqué la muerte de Luna en *Autocrítica*. Pero yo los quería. Sentía amor filial hacia mi padre y amaba a esa tía que ya estaba muy presente antes de la muerte de mi madre (me bañaba en su casa porque en la nuestra no teníamos bañera) y que luego se ocupó de nosotros.

En cambio, me negué a acompañarlos a la tumba de mi madre en los aniversarios de su muerte. Fui por primera vez siendo adulto, con motivo del entierro de uno de mis tíos. Mi madre era mía, mi pena era mía, yo no quería compartirlas. Viví con ellos con mi secreto a cuestas.

¿Cómo vivió las consecuencias de esa desaparición brutal?

De noche, mi madre estaba presente en mis sueños, volvía a ausentarse en cuanto me despertaba. Me encerraba en el baño para llorar, me sacudían sollozos mudos. Aún puedo oír la voz de mi padre: «¿Estás bien, Edgar? ¿Te duele el estómago?». Esperaba que se me secaran las lágrimas para salir. Él escrutaba mi rostro tranquilo, indiferente, le aterraba la idea de que yo no manifestara algún sentimiento, atribuía eso a mi necesidad. No sabía que de noche lloraba en silencio en mi cama y que todas las mañanas me despertaba desesperado porque mi madre desaparecía de mi sueño. El silencio y el disimulo respecto a su muerte habían provocado en mí silencio y disimulo hacia mis seres queridos. Así fue como viví la pena más grande, en una desdicha acrecentada por la soledad, la disimulación y la incompreensión. Me vinculaba con mi madre a través de una canción española que a ella le gustaba mucho, «El relicario». La escuchaba de manera repetitiva, casi obsesiva, hasta romper el resorte del fonógrafo de manivela. Entonces daba vueltas al disco con mi dedo. Me intoxicaba con esa canción cuya letra no entendía, porque no hablaba castellano en ese momento, pero sentía que se trataba de una historia de amor y de muerte.

¿Entonces vivió ese duelo en una soledad total? ¿No compararía al menos su tristeza con algún amigo?

No hablaba de eso con nadie. En la escuela, me avergonzaba de ser huérfano. En mi curso había otros judíos, había protestantes, pero yo era el único huérfano. Ése era el defecto que me diferenciaba de los demás. Incluso con mis dos amigos más íntimos, nunca abordaba ese tema. Por otra parte, los niños se

sienten siempre más o menos culpables de la muerte de sus padres. Un día escuché a mi tía Corinne decir a sus hijos: «La tía Lunica se murió porque la hicieron sufrir mucho». ¿Era yo quien había provocado ese sufrimiento el día en que, estando enojado, le había gritado: «¡Mala!»? Durante mucho tiempo sentí esa culpabilidad.

¿Luego desapareció?

No, siempre puede volver.

¿Cuándo pudo hablar de su madre?

La primera vez que hablé de mi madre tenía diecinueve años. Era al principio de la segunda guerra mundial, me había refugiado en Toulouse con otros estudiantes. Una amiga que trabajaba vendiendo *Paris-Soir* en las calles me había invitado a comer. Me inspiró confianza, hablé. Y lloré. A finales de la década de 1980 pasé por un período de depresión, la única en mi vida. Un amigo, un psicólogo ecléctico que se convirtió en mi gurú, me pidió que lo llevara a la tumba de mi madre en el cementerio del Père-Lachaise. Había ido una vez, ya lo dije, algunos años antes para el entierro de un tío materno. Lo llevé de manera casi automática, en un estado cercano al sonambulismo, aunque es bastante complicado llegar hasta el lugar. Ahora bien, hace poco, un equipo de televisión mexicano que me dedicaba un documental me pidió también ir a esa tumba. Después de algunos tanteos, llegamos hasta un pequeño islote judeoespañol del cementerio, pero no logré encontrar el lugar. O sea, yo sé (inconscientemente) y no sé (concientemente) dónde está esa tumba.

¿Ese shock lo transformó a usted de manera fundamental?

Es un *shock* que me hizo envejecer de manera prematura, bloqueándome a la vez, paradójicamente, en un espíritu infantil que se ha mantenido en todas las edades.

En el fondo, ¿fue la muerte de su madre, o más bien las circunstancias que la rodearon, el hecho de que usted no pudiera despedirse, lo que lo conmocionó tan profundamente?

Me despedí mucho tiempo después pero sólo en sueños. Tenía casi cincuenta años, había sido invitado a pasar un año en California por el Salk Institute de La Jolla. Tenía una casa grande a orillas del océano, invité a mi padre y a mi tía Corinne, con quien después él se casó. No vivía con mi padre desde hacía más de treinta años. La noche anterior a su llegada tuve un sueño. Estaba en la ladera de una colina, abajo había una estación, arriba un camino. Un autobús se detuvo, bajaron algunos pasajeros y se dirigieron hacia la estación. Entre ellos, vi a mi madre. Corrí hacia ella, llegó el tren. Me abrazó, le dije adiós y se fue. Me desperté llorando, pero con un sentimiento increíble de liberación: había podido despedirme de ella aunque sólo fuera en sueños. Mi relación con mi padre y Corinne se tranquilizó enormemente. Hace poco volví a despedirme de mi madre, cuando me despedí en tres oportunidades de mi mujer Edwige, en el momento en que murió, al cerrar el ataúd y en el cementerio. El aspecto de «pequeña mamá» de Edwige integró a mi madre. Ahora estoy tranquilo.

Cuando usted habla de nacimiento, utiliza una expresión extraña: «Nací muerto». ¿Qué quiere decir?

Es literal, nací muerto. Cuando se casó, mi madre tenía una lesión en el corazón y le habían aconsejado que no tuviera hijos. Cuando quedó embarazada por primera vez, sin decirle nada a su marido, mi padre, recurrió a una mujer que la ayudó a abortar. Volvió a ver a esa mujer cuando quedó embarazada por segunda vez, pero el aborto fracasó: siendo feto, me negué a salir. El médico le prometió a mi padre, informado de la situación, que haría todo lo posible por salvar a Luna y al niño. El parto fue un momento trágico. La vida de mi madre precisaba de mi muerte y mi vida podía provocar la suya propia. Mi madre sobrevivió al parto, pero yo nací prácticamente muerto, estrangulado por el cordón umbilical. Mi padre me contó la escena en una carta muy conmovedora que me mandó

muchos años más tarde, el 8 de julio de 1975, cuando cumplí cincuenta y cuatro años. En esa carta revive esa noche en vela a partir del momento presente: describe al médico sujetándome por los pies, «como a un conejo», y dándome cachetes por todas partes, en las mejillas, en el pecho, hasta que suelto el primer grito. Estábamos a salvo, mi madre y yo. Conservo de ese nacimiento un sentimiento de asfixia que a veces me vuelve y que se traduce en un enorme bostezo, una suerte de necesidad de aire. Siendo niño, sólo podía hacer ese bostezo cuando nadie me miraba, entonces me escondía debajo de la mesa. ¡El simple hecho de hablar de eso me da sensación de ahogo! Al poco tiempo de la muerte de mi madre, al verano siguiente, tuve una dolencia extraña. Los médicos no lograron diagnosticarla y dijeron que era fiebre aftosa, esa enfermedad que sufren los bovinos. Tenía 41 grados de fiebre, mi tía Corinne me sumergía en hielo para intentar bajarla, metía sus dedos en mi garganta para tratar de sacar la flema que me ahogaba. Esa enfermedad fue un combate entre una parte de mí que había sido golpeada a muerte y otra parte que quería vivir. Cuando volví al colegio, las clases ya habían empezado. Recuerdo al inspector general terriblemente enojado cuando justifiqué mi ausencia por una fiebre aftosa: «Ah, pequeño, ¡cómo te burlas de nosotros!». El hecho de haber sobrevivido dos veces a la muerte, al nacer y tras mi «fiebre aftosa», me dio quizás esa «resiliencia» de la que habla Boris Cyrulnik, que me ha dado la capacidad hasta ahora de resistir muchas situaciones difíciles.

¿Usted sabía que su madre estaba enferma?

Tardé en tomar conciencia del vínculo de vida y muerte que tenía con mi madre. Debido a su enfermedad, ella estaba condenada a tener un solo hijo. Una vez, durante unas vacaciones en la región de Vosges, yo debía de tener siete u ocho años, fuimos a ver todos juntos a una mujer barbuda que era la atracción local. Salimos del lugar y la idea era seguir caminando hasta llegar a una famosa cueva. De repente, mi madre se sintió mal, la sostuvieron, le hicieron respirar colonia. Yo estaba tremendamente asustado, grité: «¡Mamá! ¡Mamá!» y ella reco-

bró el conocimiento. Murió dos años después. Pero eso era todo lo que sabía sobre su enfermedad.

Evoca con insistencia ese fuerte vínculo entre usted, el hijo único, y su madre. ¿Qué recuerdos tiene de esa relación?

De pequeño siempre estaba con mi madre. Recuerdo vagamente que iba con ella de compras a todo tipo de lugares, al almacén, al salón de té de las galerías Lafayette, le encantaba ese lugar. Había una costurera de barrio que copiaba para ella vestidos de grandes marcas y me hacía trajes de marinerito; mi madre me cuidaba, me emperifollaba y, hasta que se decidió a cortarme el largo pelo rizado, solían tomarme por una niña. Sé que fui muy mimado, sé que me adoró y que yo la adoré. Era hijo único, muy introvertido, tímido. No tuve amigos hasta que fui adulto, salvo mi primo Freddy, con quien compartía la pasión por los soldaditos de plomo. Casi siempre jugaba solo refugiado en mi dormitorio, rodeado por el amor de mi madre, de mi padre, de Macroué, que vivía con su marido Vahram en una dependencia de nuestro apartamento. Esta pareja de armenios inmigrantes eran parte de la familia: Macroué se ocupaba de nosotros, su marido trabajaba con mi padre, que era bonetero en el barrio del Sentier. Mis padres solían salir de noche, a cenar a un restaurante, a la ópera, eso me desesperaba y Macroué me cuidaba. Me volví a encontrar con ella a principios de los años noventa, en Alfortville, en las afueras de París. Apenas me vio, gritó: «¡Oh! ¡Mi pequeño Edgar se quedó pelado!». Estábamos tremendamente emocionados los dos. De mi primera infancia también recuerdo un juego que hacían mis padres: yo no sabía leer, pero reconocía por sus etiquetas los discos que les gustaba escuchar. Cuando la familia venía a casa, mi padre y mi madre mezclaban las carátulas de los discos y me pedían que encontrara *La Traviata* o *Rigoletto*: siempre lo lograba. Vivíamos rodeados de música. A mi padre, Vidal, le gustaban sobre todo las canciones francesas de antes de la guerra, las que escuchaba en Tesalónica, donde pasó su infancia: «Paris c'est une blonde, Les mains de femme» y «Cousine», de Mayol. Vidal era un verdadero ruseñor: cantaba por la mañana cuando se levantaba, silbaba después de

una buena comida... A mi madre le gustaban el *bel canto* y la ópera italiana, las grandes arias de Verdi. De Luna, tengo el recuerdo de un inmenso amor, pero no puedo precisar cuál era su carácter. Mi padre nunca me habló de ella. En cambio, muchos años más tarde le hizo algunas confidencias a Irene, una de mis hijas. Le dijo: «No era fácil contentarla, siempre quería más». Fui testigo de peleas entre mis padres, respecto a una casa que él estaba haciendo construir en Rueil-Malmaison. Ella quería una casa de ensueño, con molduras, hierro forjado, frescos..., pero la crisis económica de principios de la década de 1930 había obligado a mi padre a limitar sus ambiciones. Luna estaba muy enfadada, pero en ese momento yo no entendía las razones de su enojo. Fue una casa extraña, no se parecía a las otras, no se parecía a nada. Terminamos viviendo allí algunas semanas, hasta la muerte de mi madre en ese tren suburbano que se dirigía a la estación Saint-Lazare, donde iba a encontrarse con su hermana Corinne.

¿Su modo de vida era más próximo al de la sociedad occidental o sefardí?

Era una modo de vida mixto, pero no estábamos encerrados en el mundo judío, sobre todo teniendo en cuenta que había gentiles en la familia. Vivíamos fuera del hábitat sefardí de París, aunque mi padre trabajaba en el barrio del Sentier, que en esa época era una suerte de foco tesalonicense. Mis padres frecuentaban restaurantes franceses, La Grange Batelière, La Reine Pédauque, pero también solían ir a Les Diamantaires, restaurante armenio, o al Atenas, restaurante griego. Nuestra cocina de todos los días era occidental, aunque cuando había comidas familiares se imponía la gastronomía tesalonicense. De esto heredé mi pasión por las berenjenas, el arroz, las judías, el aceite de oliva, los salmonetes, el cordero..., todas esas cosas que mis abuelas, mi madre y mis tías cocinaban. He sido fiel a la gastronomía mediterránea, aunque también me gusta la cocina francesa y, en general, pruebo los platos de todos los países que visito.

Es probable que sus padres tuvieran grandes ambiciones para usted. ¿Lo animaban a ir a la escuela, a estudiar?

De niño me gustaba estar en casa. No quería ir al colegio y mis padres no insistieron hasta que un comunicado municipal les recordó que la escuela era obligatoria. Me acuerdo de que el primer día de escuela me resistí, gritaba como un cerdo degollado, me aferraba a la puerta, a la barandilla de la escalera. Mi padre me arrastró hasta el liceo Rollin, hoy liceo Jacques-Decour, en la parisina avenida Trudaine. La maestra cerró con llave la puerta de la sala de clases. Durante mi primera mañana en la escuela, enmudecí, estaba aterrado, quería huir y no podía hacerlo. Poco a poco hice algunos amigos, me acostumbré al liceo, aprendí a leer y, a partir de ahí, devoré libros, en mi casa, en todos lados, a cualquier hora del día. Durante mi escolaridad, siempre tuve buenos resultados en literatura y malos en matemáticas. También me gustaba mucho la historia. A decir verdad, mi padre hubiera preferido que ingresara en la escuela comercial. Le hubiese gustado que me convirtiera en colaborador suyo, luego en su sucesor en la calle Aboukir, que tomara la dirección del negocio, que entonces pasaría a llamarse «Nahoum e hijos». Mi madre tenía otras ambiciones, quería que tuviera estudios secundarios y que siguiera una carrera liberal. Me animaba a leer, a estudiar. Como la escuela comercial estaba frente al liceo Rollin, mi padre, hasta el final de su vida, me dijo de vez en cuando: «Ah, me equivoqué de camino, debería haberte llevado a la escuela de comercio, y por tonto, te llevé al liceo Rollin».

Cuando su madre murió, su tía Corinne le dijo que se había ido de viaje al cielo, un viaje del que a veces se vuelve, pero no siempre. ¿De verdad nunca esperó su regreso?

Esperé su regreso, lo imaginé, pero al mismo tiempo supe de inmediato que su muerte era irremediable. Todo lo que me decían no eran sino cuentos como el de Papá Noel. Una noche quise comprobar su existencia. Debía de tener unos cuatro o cinco años. Me esforcé por quedarme despierto en mi cama para ver quién ponía los regalos en mis zapatos. Y vi cómo mis

padres, que volvían de una cena, ponían los regalos. Deduje que Papá Noel no existía. Al día siguiente se lo conté a mi primo Freddy, un año menor que yo, y no me creyó. No les dije nada a mis padres, les dejé la ilusión de pensar que yo estaba ilusionado. De la misma manera, nunca pude creer en Dios, aunque a veces me hubiese gustado. De hecho, no había recibido ninguna educación religiosa en casa, ni había leído la Biblia, ni estado con rabinos.

¿Esperaba a su madre sabiendo que esa espera era vana?

Sí. Por un lado, la desesperanza había provocado en mí una suerte de nihilismo al término del cual ya no creía en nada. Por otro lado, aunque —y porque— era solitario, incomprendido y desdichado, tenía necesidad de amor, de fe, de comunión. Por suerte, el nihilismo y la fe no dejaron de combatirse y combinarse en mí. Así fue como a los trece años descubrí al autor que expresaba una de mis verdades: Anatole France, cuyas novelas devoré y que transmutó mi nihilismo en un escepticismo que siempre mantuve, y que cultivé y desarrollé mediante la lectura del *Jean Barois* de Roger-Martin du Gard, después de Montaigne. Pero, un año más tarde, *Resurrección*, de Tolstoi, y sobre todo *Crimen y castigo*, de Dostoievski, me aportaron el sentimiento de que la redención es posible y necesaria, y me infundieron una necesidad de fe que no pude conseguir con la religión (dado mi escepticismo) y que, a partir de los quince años, traté de satisfacer con la política. Esta necesidad se plasmó durante la segunda guerra mundial con mi incorporación al comunismo y a la Resistencia. Así, escepticismo y fe no dejaron de luchar en mi interior: son al mismo tiempo antagónicos y complementarios. Luego el *Jean-Christophe* de Romain Rolland me incitó al coraje, a mi realización personal. El héroe es un joven músico, un compositor que afronta la vida con una energía beethoveniana. Y luego, poco después, la *Novena sinfonía* de Beethoven me llamó a nacer, a afrontar la vida. Pero sólo pude responder a esas llamadas durante la guerra. Ésas son las obras que me formaron revelándome mis propias verdades.

¿Qué habría pasado si Luna no hubiese muerto?

¿Qué habría pasado? ¿Tenía ya en mí lo que hoy me anima y que he llamado mis «demonios»? ¿La búsqueda de mis verdades habría sido despertada, estimulada, por el hecho de que mi padre, que fue quien me educó, no me aportó la cultura? ¿Habría desarrollado, aunque fuera parcialmente, lo que se convirtió en mi persona? No lo sé. Mi destino se cristalizó con esa muerte. No puedo imaginarlo de otra manera.